

JULIO ÁLVAREZ

A. O.

Dirigir un Cine-Club no era tarea a la que fácilmente se sumara cualquiera. Equilibrar la balanza entre la cuota que se cobraba al socio y los gastos del club, sobre todo lo que suponía la contratación de películas, era tarea que requería dedicación y trabajo. Y Julio se ocupó de la labor durante seis años, siempre con la mejor voluntad.

Julio parecía hacer fácil lo que realmente era complicado. Con su gesto de hombre tranquilo y sin perder la sonrisa, encaraba las situaciones adversas como si no pasara nada. Sucedió, por ejemplo, que la película contratada no había llegado oportunamente, que todavía estaba retenida en la agencia de transportes de San Sebastián, pues bien, Julio no se alteraba, o parecía no alterarse, y organizaba enseguida el modo de solucionar el problema del modo más rápido posible. Estas cosas ocurrían con los socios ya en la sala esperando la proyección. También es verdad que el buen aficionado sabía de estas contrariedades, de las censuras, de las trabas que surgían con los distribuidores, de los precios a veces imposibles del alquiler de una película, de los atrasos en el transporte, de contratar al presentador adecuado, en fin, tantos detalles a tener en cuenta. Pero no era fácil para el responsable del club no perder alguna vez los nervios, Julio, sin embargo, siempre trascendía un talante de serenidad y confianza.

A Julio le gustaba el cine. Nos gustaba a todos. Todavía la televisión no había irrumpido en los hogares para ver aunque no fuera más que el cine que la pequeña pantalla es capaz de expresar dadas sus limitaciones. Así que nos desvivíamos por ver películas en las salas de cine, películas que tuvieran un interés. Películas que trascendieran de la mera especulación comercial. Y para eso estaba el Cine-Club y la gente que desinteresadamente, como Julio, trabajaba en esta actividad cultural.

En su tiempo de presidente el Club organizó el Certamen Provincial de Cine Aficionado en 8 mm. ampliándolo, dos años después, al ámbito nacional con notable éxito. Eran tiempos del 8 mm. y mucha la vena artística de aficionados que llegaron a presentar trabajos de evidente calidad.

Participamos en tertulias. Hablábamos de cine. Y hablar del cine es hablar de la vida, de los sentimientos, del ser humano y sus infinitas historias. Hablar de cine es intercambiar ideas, dialogar, transmitir conocimientos, compartirlos. Hablar de cine es disfrutar de una expresión del arte que compendia, la literatura, la música, el teatro, la pintura...

Hablar de cine es llegar al corazón del ser humano... la florista que desea ser amable con su admirador y le coloca una flor en el ojal de la solapa de la raída chaqueta del mendigo Chaplin, en "Luces de la ciudad". Ella no sabe que, gracias a él, ha recobrado la vista. No lo conoce. Sólo, cuando las yemas de sus dedos rozan la solapa del mendigo para regalarle la flor, entonces descubre que su benefactor no es un caballero adinerado es, simplemente, un mendigo. Él ha tratado de huir. Ella se lo ha impedido. Ahora la florista le mira sorprendida por el descubrimiento. El mendigo, sólo puede esbozar una sonrisa de amarga melancolía. Es el cine. Es la vida.

Cordial en el trato, entregado en la amistad, Julio ponía siempre una nota de sosiego y prudencia en las apreciaciones que surgían en toda conversación. Como si el concepto enfado no existiera en su diccionario.

Julio nos ha dejado. Se ha ido. Se ha ido sin hacerse notar. Como vivió siempre. Pisando sin hacer ruido. Haciendo parecer fácil hasta lo más complicado. Sin perder la sonrisa. Con ese gesto de serenidad y bien hacer que le caracterizaba. Fue hombre que dejó su huella sin que se le oyera la pisada.

